

En la noche

Daniel Sánchez Hernández

El hombre de treinta años había subido a la planta más alta de la casa. Era de noche y él, virtuoso en valentía, de pensamiento frío, no se inquietaba por nada; en aquella postal oscura con estrellas, sabía que algo andaba mal. Aun así, tenía que salir de su morada para ver qué ocasionaba aquel escándalo. Se aventuró, peldaño tras peldaño, con miedo en sus piernas y los ojos entrecerrados por el sueño que no se había ido por completo. Sudor en la mano izquierda, en la derecha apretaba con todas sus fuerzas el arma más mortal que encontró, aunque de hecho no atemorizaba para nada la escoba que guardaba debajo de las escaleras. Subía lento, de puntillas para no hacer ruido. Las luces apagadas y el corazón latía más de prisa. Tres peldaños antes de llegar, solo un par de escalones y estaría a la entrada que daba con la terraza de su tercer piso, un pensamiento latente de volver a la cama y el miedo se apoderaba poco a poco de él, ahora temblaba para quitar el seguro de la puerta o quizá era el frío. De repente, el metal gélido que protegía su entrada se abrió de golpe, azotó después de ser aventada pues estaba atorada por el desuso que tenía. Del lado izquierdo de la terraza solo había aire helado que incitaba la calidez de sus cobijas; del otro lado solo estaba la oscura noche. Del ruido nada se sabía, lo único que parecía raro era el suelo que estaba mojado, pero eso era ocasionado por una fuga en su tinaco de agua que días antes se había presentado. Aquel hombre sin ninguna respuesta decide volver a su cálida guarida. El sueño se había alejado de su cama y fueron entonces más claros los sonidos de antes. Envalentonado, el hombre decide subir de nuevo a su tejado; sin el menor temor abre la puerta de una manera estrepitosa, sin embargo, no observa nada claro, con su paciencia desbordándose por no poder dormir, llega a la conclusión apresurada de que el ruido podía ser ocasionado por las láminas que hacían una especie de sombra para su tinaco durante las tardes, después de subir al cimientto donde descansaba su gigantesco recipiente de agua gélida y acomodar perfectamente las láminas. El hombre, en un movimiento en falso, pisa la orilla que se encontraba mojada y resbala de la base en la cual estaba parado, cayendo así desde su tercer piso hasta el suelo por el cual pasaban los coches. Ese fue el momento perfecto para el hombre de treinta años que se las había ingeniado para escalar esa casa horas atrás. Al fin pudo salir del escondite en el que esperaba el momento oportuno para ultrajar las pertenencias de la casa del sujeto que yacía tirado en la acera.